



México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico

ISSN 2193-9756



Ámbito cultural

02.11.2020 | iMex Revista

El último lector

(pp. 1-3)

David Toscana

En: David Toscana (2005): *El último lector*. Barcelona: Mondadori.

Primer capítulo (pp. 9-13)

Der letzte Leser

(pp. 4-7)

Vera Elisabeth Gerling (traducción)

Publicado con permiso de la editorial.



Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

[Website:](#)

www.imex-revista.com

[Editores iMex:](#)

Vittoria Borsò, Frank Leinen, Guido Rings, Yasmin Temelli

[Redacción iMex:](#)

Hans Bouchard, Bianca Morales García, Ana Cecilia Santos, Stephen Trinder

El último lector

David Toscana

Primer capítulo en: David Toscana (2005): *El último lector*. Barcelona: Mondadori.

La cubeta desciende por el pozo hasta topar con una superficie más consistente que el agua y emite un sonido que Remigio ya venía esperando. Está por cumplirse un año de la última lluvia y la gente se reúne desde julio cada tarde para orar en la capilla de San Gabriel Arcángel, pero ya corre septiembre y ni una gota, ni un escupitajo del cielo. De vez en cuando amanece el rocío sobre hojas y ventanas, mas eso apenas lo distinguen los madrugadores, ya que el sol se lleva toda humedad tan pronto surge sobre Icamole. Una ocasión se aproximaron nubes cargadas por el oriente, y algunas personas se treparon a cualquier loma para azuzarlas desde ahí. Aquí estamos, vengan, tenemos sed, y varias mujeres abrieron sus paraguas para demostrar su inflexible fe, una fe que no alcanzó a mover montañas, al menos no el cerro del Fraile, a veinte kilómetros de ahí, pues todos acabaron por ver decepcionados cómo las nubes chocaban contra sus picos y laderas, derramando allá mismo su perfecta carga. No fue ni la primera ni la última vez que el cerro del Fraile les robó las esperanzas, por eso la contigua Villa de García continúa verde, mientras que en Icamole las acequias son avenidas para los tlacuaches. Remigio da un tirón a la cuerda que sostiene la cubeta y la suelta de nuevo. El sonido se repite: una percusión. A él le habría disgustado lo mismo que del fondo brotara la melodía de un arpa o el canto de una sirena; la única voz de su noria debería ser un chapaleo.

Revisa la cuerda y se da cuenta de que algo anda mal. Él sabe que el pozo mide ocho metros hasta el fondo y por eso la cuerda tiene un nudo justo en esa longitud. Según sus cálculos, al menos queda medio metro de agua, suficiente para regar el aguacate y bañarse esa y otras cuantas mañanas y salir a pasear por Icamole con los cabellos agitados por el viento, con la cara fresca, los dientes limpios, y saludar a las mujeres de cabelleras tiesas, envueltas en pañoletas, a los hombres de caras polvosas y tierra entre las uñas, en ese Icamole sin otra humedad que el sudor y el agua de los tambos que Melquisedec acarrea en su carreta desde Villa de García. Con la sequía llegó la pobreza y el día en que el repartidor de refrescos dijo ya no me sale el viaje hasta acá para vender tan pocas botellas. El agua de Melquisedec es gratuita; la carga en una acequia comunal de Villa de García y el gobierno del estado le paga una iguala por su esfuerzo y el de las mulas que remolcan la carreta en un trayecto ligero de ida y sufrido de vuelta.

Por evitar el desperdicio, la gente dice el agua de Melquisedec es para beber, no para lavarse los pies, y eso impulsa a Remigio a provocarlos con su cara recién lavada. Yo bebo, les dice con la mirada, yo me ducho, y hasta riego mi aguacate sin perseguir la carreta de los tambos; si bien, cuando alguien le hace la pregunta, él responde sin titubear que su pozo está tan seco como el resto.

Zarandea la cuerda una y otra vez sin éxito, sin sentir que la cubeta dé un mordisco a ese medio metro de agua, y decide que un obstáculo le impide llegar hasta el líquido. No sería el primer animal sediento en causarle problemas. Tres años atrás hubo de sacar a un coyote, que encima se defendió como si Remigio fuera el enemigo y no el rescatista. Y, sin embargo, no se molestó con el animal. Sabe que cualquier muerte es preferible a la provocada por la sed.

Trae una lámpara de petróleo, la ata a la cuerda de la cubeta y la baja por el oscuro buche de la tierra. Primero distingue el resplandor de dos ojos claros, luego el rostro blanco, infantil, de retrato antiguo; al final, una cabellera larga y negra todavía bien peinada. Calcula que ese rostro ya recibió doce cubetazos y, luego de mirarlo un par de minutos, acaba por concluir que no parpadea.

Cuando Remigio tenía unos diez años, veía en los pozos una fuente de travesuras. Éstas consistían en escupirles o arrojarles caca de chivo, una o dos bolitas a la vez; e incluso un día orinó en el de la señora Cleotilde. En cambio le pareció un exceso que uno de sus amigos arrojara una rata muerta en el de Melquisedec. La diversión no radicaba en hacer el daño sino en hacerlo a escondidas, y ésta se esfumó cuando Remigio supo que todos los pozos están conectados y los orines derramados en el de la señora Cleotilde llegarían, aunque diluidos, a todas las casas. Remigio cree que el punto más bajo de esa red de canales subterráneos se halla en su propiedad; de otro modo no se explica que su pozo aún tenga agua cuando los demás ya se secaron. Orinar o lanzar a una rata son cosas tolerables, pero no arrojar a una niña. Descarta la idea de que haya caído accidentalmente: le estaría viendo los calzones y no la cara.

Se apresura hacia adentro de la casa para tomar su machete, y con la misma prisa recorre la huerta, blandiendo el arma, descargándola contra algunas ramas secas, por si ahí sigue escondido quien trajo a esa niña. Mira todo su derredor en busca de alguien que lo esté espionando desde un árbol, tras los muros de adobe. Luego se detiene, casi sin respirar; trata de oír el menor ruido. Y oye varios, pero a la distancia: una mujer dice que le duele el pie, un hombre carraspea, un niño llora y grita me pegó Paco; el gordo Antúñez, esa voz sí la reconoce, amenaza a Paco con romperle la cara. Remigio deja caer el machete y vuelve al pozo.

Acerca la lámpara al rostro y aguarda a que deje de columpiarse, pues el movimiento de sombras crea la sensación de que el cuerpo se mueve. La niña se halla recostada, buena parte del torso fuera del agua, casi luce cómoda. Toma un puñado de guijarros y comienza a arrojarlos, uno por uno. Falla en los primeros tres intentos. El cuarto rebota en la frente o en la nariz, y Remigio comprueba que el rostro no se inmuta. Desde el principio le pareció bien muerta, pero imposible renunciar así de fácil al eterno sueño de salvar a una muchacha.

Trae otra cuerda con un gancho oxidado en un extremo. Lo baja y lo hace bailar cerca del cuerpo hasta sentir que se traba con algo; desea que sea un sobaco porque no le gustaría extraerla como a un pez. Tira de la cuerda y aguza el oído. Ya no espera algún lamento, pero es mejor asegurarse. Apenas unos centímetros y la niña se suelta con el chapaleo que Remigio había deseado para la cubeta. Ahora piensa en carne rasgada y un sangrado que tiñe el agua y así ni ganas de lavarse los dientes por muy santa que haya sido la niña. Comprende que el gancho no puede ser una buena idea, no importa dónde se trabe: axilas, boca, orificio de la nariz, entrepierna, y opta por sacarlo para hacer un lazo. Mientras forja el nudo se repite lazo, lazo en voz alta, pues su mente insiste en llamarle horca. Nuevamente baja la cuerda y la hace oscilar hasta que se toma de algo. Tira con cuidado y, tras asegurarse de que el lazo se halla bien ceñido, hace subir el cuerpo rápidamente. No podría resultar mejor: viene tomado de la muñeca izquierda. De haberse prendido del cuello igual lo hubiera alzado, pero qué mejor que la muñeca.

Toma la mano tan pronto la ve salir y le sorprende no sentir asco. Ya en otra oportunidad había cargado a un muerto y casi se vomita. Pero tú eres muy diferente, le dice a la niña, debiste ver al otro: viejo, gordo y encima inflado y desnudo porque se ahogó en una charca. La recuesta en el suelo y le baja los párpados. El izquierdo obedece; el derecho se repliega lentamente hasta abrirse por completo. Calcetas blancas, vestido de flores y un zapato de charol. Su rostro luce terso, sin rastros de violencia ni de los cubetazos; sólo con una basura en la mejilla izquierda que Remigio trata de quitarle, y pronto se da cuenta de que es un lunar. La manga derecha muestra una rasgadura, sin duda causada por el inútil garfio.

Remigio nunca ha sido sociable, ni tiene cabeza para andarse fijando en niñas de escuela, pero está seguro de que nunca antes había visto a la muertita, y eso significa que no es de Icamole. A una niña como ésta la habrían hecho protagonista de cualquier evento, la pondrían a declamar en las fiestas patronales y, aunque declamara horrible, le aplaudirían de todo corazón. Pero también estoy seguro, se dice, y aquí vuelve a mirar a su alrededor, que a una niña como ésta nunca la van a dar por perdida.

*Der letzte Leser***David Toscana / Vera Elisabeth Gerling (traducción)**

Der Eimer sinkt den Brunnen hinab, bis er auf eine Oberfläche stößt, die fester ist als Wasser, und ein Geräusch macht, das Remigio schon länger erwartet. Der letzte Regen liegt fast ein Jahr zurück und seit Juli versammeln sich die Leute jeden Nachmittag zum Gebet in der Kapelle San Gabriel Arcángel, aber jetzt ist bereits September und nicht ein Tropfen, nicht mal Spucke fällt vom Himmel. Manchmal liegt morgens Tau auf Blättern und Fenstern, aber das merken allein die Frühaufsteher, da die Sonne jede Feuchtigkeit fortträgt, sobald sie über Icamole aufgeht. Einmal kamen schwere Wolken von Osten und so mancher lief irgendwelche Hügel hinauf, um sie von dort aus anzuspornen. Hier sind wir, kommt schon, wir haben Durst, und manche Frauen spannten ihre Regenschirme auf, um ihren unbeugsamen Glauben zu demonstrieren, einen Glauben, der keine Berge versetzen konnte, zumindest nicht den Fraile, zwanzig Kilometer von dort, denn alle sahen schließlich enttäuscht zu, wie die Wolken an seine Spitzen und Flanken stießen und dort hinten ihre prächtige Last abwarfen. Nicht zum ersten und nicht zum letzten Mal raubte der Berg Fraile ihnen die Hoffnung, und so ist es im benachbarten Villa de García weiterhin grün, während in Icamole die Wassergräben zu Opossumstraßen geworden sind. Remigio zieht einmal am Seil, an dem der Eimer hängt, und lässt wieder los. Das gleiche Geräusch: ein Trommeln. Der Klang einer Harfe oder der Gesang einer Sirene von dort unten hätte ihm gleichermaßen missfallen; er wünscht sich nur ein Platschen des Eimers.

Er untersucht das Seil und merkt, da stimmt etwas nicht. Remigio weiß genau, dass der Brunnen acht Meter tief ist, und darum hat das Seil exakt bei dieser Länge einen Knoten. Nach seinen Berechnungen ist noch ein halber Meter Wasser vorhanden, genug zum Gießen des Avocado baums und um sich heute und noch viele weitere Tage morgens waschen zu können, um dann mit im Wind wehenden Haaren, sauberem Gesicht, geputzten Zähnen hinauszugehen, durch Icamole zu spazieren und die Frauen zu grüßen mit ihren tuchbedeckten steifen Frisuren, und die Männer mit ihren staubigen Gesichtern und Erde unter den Fingernägeln, durch dieses Icamole, wo die einzige Feuchtigkeit aus Schweiß und dem Wasser besteht, das Melquisedec in Tonnen auf seinem Wagen aus Villa de García ankarrt. Mit der Dürre kam die Armut und der Tag, an dem der Getränkehändler sagte, der Weg hierher lohnt nicht mehr, wenn ich so wenige Flaschen verkaufe. Melquisedecs Wasser gibt es umsonst; er füllt es in einem öffentlichen Kanal von Villa de García ab und der Staat zahlt ihm eine feste Summe für seinen Aufwand und den der Maultiere, deren Hinweg leicht und deren Rückweg beschwerlich ist.

Um Verschwendung zu vermeiden, sagen die Leute, das Wasser von Melquisedec ist zum Trinken, nicht für die Füße, und das stachelt Remigio an, sie mit seinem frisch gewaschenen Gesicht zu verdrießen. Ich habe zu trinken, sagt sein Blick, ich dusche mich und ich gieße sogar meinen Avocadobaum, ohne dem Wagen mit den Tonnen hinterherlaufen zu müssen; wenn er aber danach gefragt wird, sagt er ohne mit der Wimper zu zucken, sein Brunnen sei so trocken wie alle anderen.

Er zerrt ein ums andere Mal am Seil, ohne Ergebnis, ohne zu spüren, wie der Eimer einen Schluck von diesem halben Meter Wasser aufnimmt, und stellt dann fest, dass offenbar ein Hindernis den Weg zur Flüssigkeit verwehrt. Es wäre nicht das erste durstige Tier, das ihm Probleme bereitet. Vor drei Jahren musste er einen Kojoten herausholen, der sich so sträubte, als sei Remigio nicht sein Retter, sondern sein Feind. Ihn hat das mit dem Tier aber nicht weiter gestört. Jeder andere Tod ist besser als das Verdursten, das weiß er.

Er holt eine Öllampe, bindet sie ans Seil vom Eimer und lässt sie in das dunkle Erdloch hinab. Als erstes erkennt er den Glanz von zwei hellen Augen, dann das blasse Gesicht, kindlich, wie von einem alten Gemälde; und schließlich lange, dunkle und noch frisch gekämmte Haare. Nach seiner Schätzung ist der Eimer bereits zwölfmal auf dieses Gesicht gestoßen und nachdem er es einige Minuten betrachtet hat, ist er überzeugt, dass es nicht blinzelt.

Mit ungefähr zehn Jahren waren Brunnen für Remigio ein Quell für Streiche. Hineinspucken oder Ziegenkacke hinunterwerfen gehörte dazu, mal eine Kugel mal gleich zwei; einmal pinkelte er sogar in den von Señora Cleotilde. Völlig unangemessen erschien es ihm jedoch, als einer seiner Freunde bei Melquisedec eine Ratte hineinwarf. Der Spaß lag nicht darin, anderen zu schaden, sondern es heimlich zu tun, und er verflog, als Remigio erfuhr, alle Brunnen seien miteinander verbunden und der in Señora Cleotildes Brunnen geflossene Urin, wenngleich verdünnt, finde sich in allen Haushalten wieder. Remigios Ansicht nach liegt der tiefste Punkt dieser unterirdischen Verbindungen auf seinem Grundstück; sonst wäre nicht erklärlich, warum sein Brunnen noch Wasser führt, während alle anderen längst versiegt sind. Pinkeln oder eine Ratte hineinwerfen lässt sich ja noch vertreten, aber ein Mädchen doch nicht. Ausgeschlossen scheint ihm, sie könne ungewollt hinabgefallen sein – dann würde er ihre Hose sehen und nicht ihr Gesicht.

Schnell holt er seine Machete aus dem Haus und ebenso rasch läuft er durch seinen Garten, die Waffe gezückt, mit der er hier und dort in die Zweige stößt, um so womöglich den zu erwischen, der das Mädchen hergebracht hat. Er schaut sich überall um, ob ihn jemand vom Baum oder von hinter der Ziegelwand aus beobachtet. Dann bleibt er stehen, hält die Luft an; er versucht, jedes Geräusch wahrzunehmen. Er hört mehrere, aber weiter weg: eine Frau klagt über ihren

schmerzenden Fuß, ein Mann hustelt, ein Kind weint und schreit, Paco hat mich geschlagen; der dicke Antúnez, die Stimme erkennt er, droht Paco mit einer Tracht Prügel. Remigio lässt die Machete fallen und geht zurück zum Brunnen.

Er hält die Lampe nah an das Gesicht und wartet ab, bis sie nicht mehr schaukelt, denn die wankenden Schatten lassen es so aussehen, als ob der Körper sich bewege. Das Mädchen lehnt am Rand, den Oberkörper größtenteils außerhalb des Wassers, es wirkt beinahe gemütlich. Er nimmt eine Handvoll Steinchen in die Hand und wirft sie nach und nach hinab. Mit den ersten dreien trifft er nicht. Der vierte fällt auf die Stirn oder die Nase, und Remigio stellt fest, dass sich das Gesicht nicht regt. Von Anfang an war sie ihm eindeutig tot erschienen, aber so einfach lässt sich der ewige Traum, ein Mädchen zu retten, nicht aufgeben.

Er holt ein anderes Seil mit einem verrosteten Haken am Ende. Das lässt er hinab, damit es um den Körper hüpfet, bis es merklich an etwas hängenbleibt; er hofft auf eine Achselhöhle, denn er möchte sie ungern wie einen Fisch angeln. Er zieht am Seil und hört genau hin. Eigentlich erwartet er kein Stöhnen mehr, aber sicher ist sicher. Schon nach ein paar Zentimetern fällt das Mädchen mit dem Platschen hinunter, das er sich vom Eimer gewünscht hatte. Jetzt denkt er an aufgerissene Haut und ein Blutgerinnsel, das das Wasser verfärbt und vorbei die Lust, sich die Zähne zu putzen, möge das Mädchen auch noch so unschuldig gewesen sein. Ihm wird klar, dass der Haken keine gute Idee ist, wo auch immer er hineinstecken wird: Achseln, Mund, Nasenloch, Scham, und er beschließt, ihn herauszuholen und eine Schlaufe zu machen. Während er sie knotet, wiederholt er das Wort Schlinge, Schlinge mit lauter Stimme, weil sein Inneres immer Galgenstrick sagen will. Erneut lässt er das Seil hinab und lässt es umherschwingen, bis es etwas erfasst. Er zieht vorsichtig, vergewissert sich, dass die Schlinge sich gut festgezurt hat, holt den Körper rasch herauf. Besser hätte es nicht sein können: sie kommt am linken Handgelenk nach oben. Auch am Hals hätte er sie herausholen können, aber am Handgelenk ist allemal am besten.

Kaum sieht er sie, greift er nach der Hand, verwundert, sich nicht zu ekeln. Schon einmal hat er einen Toten getragen und sich dabei fast übergeben. Aber du bist anders, sagt er zu dem Mädchen, den anderen hättest du sehen sollen: alt, dick und dann noch aufgedunsen und nackt, weil er in einem Wasserloch ertrunken war. Er legt sie auf den Boden und drückt ihr die Augenlider zu. Das eine gehorcht; das rechte klappt langsam wieder auf, bis es komplett offensteht. Weiße Strümpfe, Blumenkleid und ein Lackschuh. Ihr Gesicht strahlt ganz glatt, keine Spur von Gewalteinwirkung, keine Abdrücke vom Eimer; nur ein Schmutzfleck auf der linken Wange, den Remigio wegzuwischen versucht, aber rasch merkt er, dass es ein Muttermal ist. Am linken Ärmel ist ein Riss, sicher vom nutzlosen Haken.

Remigio war nie gesellig, auch steht ihm nicht der Sinn danach, Schulmädchen zu beobachten, aber er ist sich ganz sicher, diese kleine Tote noch nie gesehen zu haben, folglich ist sie nicht aus Icamole. So ein Mädchen hätte man zu jedem Anlass vorgeführt, man hätte sie bei den Patronatsfesten vorlesen lassen, und wenn sie auch ganz schlecht vorgelesen hätte, man hätte ihr trotzdem von Herzen applaudiert. Aber ich bin mir ebenso sicher, und dabei schaut er sich wieder um, dass man die Suche nach einem solchen Mädchen niemals aufgeben wird.